

Lunes XXIX del TO
Ciclo A



23 de octubre de 2023

Rm 4, 19-25

Lc 1

Lc 12,13-21

P. Eduardo Suanzes, msp

¿Qué es lo que movió a este personaje innominado a dirigirse a Jesús? ¿Por qué responder?
¿Por qué razones conservaron los cristianos el recuerdo de este incidente?¹

El derecho hebreo regulaba las sucesiones de la siguiente manera: la herencia de un hombre era concebida como un todo. Podría existir un reparto entre los herederos, pero la norma ideal sugería que se conservase la herencia intacta mediante una vida en común de los herederos, con un «vivir entre hermanos». Esta norma, propia de una vida de nómadas se conservó una vez el pueblo se convirtió en sedentario tanto que la repartición de una herencia (como Lucas la presenta en la parábola del hijo pródigo) era muy mal vista. Este episodio se inserta, pues, en este contexto judío del siglo I. El padre ha muerto. Parece ser que tenía dos hijos. No es discutible la distribución jurídica, pero el hermano pequeño se queja de que el mayor y primogénito se niega a realizar materialmente el reparto previsto por la ley. Por eso recurre a un árbitro, a un experto, a un reconciliador, para decidir el pleito. Parece ser que se autorizaba a los rabinos para solucionar estos casos (en efecto, el anónimo se dirige a Jesús como «maestro»).

La contestación de Jesús² a la demanda de su interlocutor afirma categóricamente que él no ha venido a dirimir cuestiones legales cuya resolución compete a los maestros del judaísmo (los rabinos de la época). Jesús rechaza todo tipo de intervención arbitral en desavenencias familiares o en cuestiones de economía doméstica. Por otra parte, ya ha declarado anteriormente que su propia familia es la que escucha la palabra de Dios y la ponen por obra; él, personalmente, se mantiene al margen de toda discusión en materias terrenas. Además, se siente particularmente molesto porque dos miembros de una misma familia, dos hermanos, se enzarcan en una discusión sobre los bienes materiales (tierras, dinero, posesiones, etcétera). Lo que se necesita no es, precisamente, una resolución casuística por parte de un «maestro», sino una convicción personal de que la raíz de las desavenencias en el seno de la familia es, concretamente, la ambición de cada individuo.

Teniendo esto presente³, sin embargo, la perspectiva de Jesús no es espiritual en contraposición a lo material. Su perspectiva engloba al Reino y hay que recordar, así mismo, que Jesús concibe el Reino como una herencia de la que cada uno recibe una parte suficiente, sin prescindir de los demás. María, la hermana de Lázaro y Marta, escogió la parte buena, la que corresponde al Reino. La vida de los primeros cristianos en los Hechos de los apóstoles, que Lucas describe, dibuja ya desde ahora esta comunión escatológica. El gesto de Bernabé que vende uno de sus campos y entrega su importe a los apóstoles es el

¹ Cfr. FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio según san Lucas Vol II*. Ed. Sígueme. Salamanca, 2002

² Cfr. Joseph A. Fitzmyer. *Op.cit*

³ Cfr. FRANÇOIS BOVON. *Op.cit*

contramodelo de nuestro heredero anónimo del texto que aquí nos ocupa. La Iglesia primitiva se acordó de estos dos ejemplos (María y el innominado del texto) para enseñar a los recién convertidos a considerar sus bienes en la perspectiva del Reino: participar del Reino es saber compartir nuestras rentas y nuestros bienes.

En resumen, Jesús, según Lucas, está proponiendo que en la realización de la justicia humana esta se apoye en los valores del Reino e insta a su seguidor que, en su relación con la propiedad, su avaricia no le haga prescindir del hermano. La herencia es algo bueno, pero el seguidor de Jesús no la debe desconectar del Reino, despertando así su ambición y provocando la división. Jesús quiere que se comparta, no que se divida.

La máxima («—*¡Cuidado! Guardaos de toda forma de avaricia, porque la vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posea*») es un comentario a la «declaración» precedente y ofrece, al mismo tiempo, otra actitud básica. Lucas utiliza para estas palabras de Jesús los verbos en imperativo de «mirar, (o tener cuidado)» y «guardarse», es decir: miren (o ¡tengan cuidado!) y guárdense. Es una advertencia ante un peligro cierto, pues descubre con absoluta claridad cuál es la verdadera raíz de la proposición que acaban de hacerle: todo nace de la ambición. De ahí su advertencia: «*¡Cuidado! Guardaos de toda forma de avaricia*». Y es que la existencia auténticamente cristiana **no se puede identificar con la posesión** de bienes materiales —aunque sean fruto de una herencia— y, mucho menos, cuando son sustanciosos. Para Jesús, **lo verdaderamente importante es ser, no tener**; lo que cuenta es escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica.

En definitiva, que cuando los cristianos están motivados por el reino de Dios y no por el miedo a que les falte algo, adquieren una relación justa con el dinero. Saben que les es indispensable un mínimo vital, aunque sólo sea para ser testigos del Evangelio, pero disponen libremente de lo demás. Tampoco ha de olvidar que lo superfluo tiene la tendencia tan funesta a parecer indispensable a sus ojos, cuando se sucumbe a la tentación.

Luego les dice una parábola. En el inicio de la parábola Jesús nos introduce en el personaje que podemos fácilmente imaginar: un terrateniente típico de Galilea que tiene un terreno que prospera. Hasta ahora no hay nada reprehensible en la existencia de nuestro personaje, ya que sus bienes nos fueron mal adquiridos. Es antes de la siega cuando el propietario pronostica una cosecha excepcional.

Se nos presenta después el debate interior del personaje en el que vamos descubriendo su mundo interior, sus preocupaciones e intenciones. Y es entonces cuando surge la pregunta significativa: «*¿qué voy a hacer?*». En el texto original en griego utiliza la palabra *psiqué* para dirigirse a sí mismo y se escribe: «*y diré a mi psiqué: Psiqué tienes muchos bienes, etc...*». Es decir que el propietario se está dirigiendo a su propio espejo. Cuando el ser humano se enfrenta con el discernimiento consigo mismo las más de las veces decidirá según de lo que esté lleno su corazón⁴. El fracaso del proyecto humano confirmará la intención desviada. El personaje simboliza en toda su estructura la actitud que no hay que adoptar, porque arrastrado por la lógica de la ganancia, desea coronar el éxito de su empresa agrandando sus almacenes. Aquí es donde ha escogido mal y donde manifiesta de qué está lleno su corazón. A lo que ha recibido de la naturaleza y obtenido por su trabajo,

⁴ Cfr. Lc 6,45

debería haber respondido con el don y no con el acaparamiento. Mientras Dios da, él se niega a compartir.

La prueba del extravío de este hombre se sugiere finamente cuando, habiéndole servido hasta ahora los silos de que dispone, decide demolerlos para construir otros mayores que alberguen, según el texto «*mi cosecha*», que es otra forma de decir «*mis frutos*», «*mis productos*». Nadie duda de que se trata de «bienes», de algo positivo. Pero en sus labios, el acento recae en la propiedad: «*mis bienes*», «*mis productos*».

Tras el proceso de discernimiento, el hombre se recrea en un futuro absolutamente personal, hedonista y narcisista: el único protagonista de ese futuro es él y solo él, curvado solo hacia sus bienes. En realidad, no se da cuenta de su profunda soledad pues no hay en ese futuro ninguna relación interpersonal, solo con cosas. Si nos fijamos, en su monólogo se está dirigiendo hacia sí mismo, hacia su propio espejo: el mundo relacional con otros seres humanos no existe para él. No comprende que, al replegarse sobre sí mismo y al prescindir de un verdadero diálogo con los demás, se queda en un mundo infantil y falso.

Es entonces que llega la sorpresa, el diálogo inesperado, el interlocutor con el que debería haber contado el rico propietario. Y le llama «*jinsensato!*», que es lo mismo que decirle «loco». ¿Cuál es la locura? Porque podría parecer, a primera vista, que Dios es injusto, al reclamar la vida del rico precisamente en el momento en el que éste llega al culmen de sus ambiciones, ya que la riqueza en sí misma es indiferente, o sea, no es intrínsecamente mala.

Pero es que, a mi juicio, el foco de la parábola está más al fondo de lo que significa la muerte física. Porque la demencia de la que hablábamos arriba se sitúa en que, al olvidarse el propietario del ser humano, y dedicarse a la *dolce vita*, en realidad, se hunde en el pozo de la deshumanización, es decir, que se aliena, deja, propia voluntad, de ser quien es y convertirse en un engendro de hombre, habiéndose cavado por sí solo su propia tumba desde el minuto cero de su discernimiento. Por eso es por lo que su desgracia se le muestra inmediatamente; ha dado la espalda a su propia felicidad, su propia realización personal. Ideas estas que están detrás de las expresiones «*esta noche vas a morir*» y «¿de quién van a ser tus bienes?» Es otra forma de decir: «— si al hacer ese discernimiento comienzas a morir y dejar de ser lo que eres, ¿dónde encontrarás la vida?». Esa es la locura, el desquiciamiento del ser humano cuando se entrega a la avaricia, olvidándose de los demás.

Tal es la diferencia cuando uno busca su felicidad teniéndose a sí mismo como centro o cuando es movido por los valores del Reino, es decir cuando se preocupa de su hermano: eso es ser rico para Dios. Tener el Reino, tener a Dios como origen y meta de todas nuestras aspiraciones, concretizadas en nuestras relaciones con los hermanos, en realidad, revierte proporcionalmente sobre la plenitud y felicidad de uno mismo.